

Reims y Verdún

(Impresiones de un viaje a Francia)

Conferencia
pronunciada en el
Ateneo de Madrid, el
25 de enero de 1917.

SEÑORAS,
SEÑORES:

Os ofrezco en esta conferencia algunas impresiones recibidas en un reciente viaje al frente de guerra francés. De todas las dificultades que yo mismo he ido proponiéndome antes de venir a hablaros de este asunto, una sola me queda por vencer: es el recelo de que por deficiencia mía quede reducido el tema a un simple cebo de la curiosidad. Mostrar unas cuantas fotografías de otros tantos lugares famosos y describirlos con todo detalle, puede ofrecer un atractivo suficiente y parecer un goce justificado por su limitación misma a todos los que, sin haber visto la guerra, siguen desde lejos, con la sensibilidad ya un poco embotada, sus peripecias. Mas cuando se ha estado en contacto con uno de los grandes actores de este drama, esa manera de abordar el tema parece, por su excesiva frivolidad, inadmisibile. Tratarlo así sería detenerse en lo externo, en lo pintoresco de un lugar, en lo peculiar de un día con olvido de lo universal e imperecedero; sería cometer una profanación. Lo universal e imperecedero aquí es la fuerza moral inagotable de cuyas obras hemos sido testigos. Esa fuerza fluye mansamente en el silencio en que está recogida el alma francesa, y es el manantial de emoción más formidable con que se puede tropezar en la vida. A esa emoción quisiera yo apelar, suscitándola en vosotros para rodear a lo que tengo que deciros de un ambiente propicio. Pasarán ante vuestros ojos los pueblos en ruinas, escenas de guerra, cosas susceptibles de ser descritas y que constituyen el altar donde se cumple y el rito con que se cumple un gran sacrificio; pero no os detengáis en ello, y buscad debajo de lo aparente la fuerza que lo crea y la razón que lo justifica; debajo de la liturgia buscad la fe, porque sólo de esa manera podremos acercarnos a contemplar con el recogimiento que conviene este misterio de un gran pueblo que ha hecho por su salvación el sacrificio previo de su vida, y a quien en pago de esa ofrenda todas las demás virtudes necesarias le han sido dadas por añadidura.

Pero, adviértase que yo no quisiera llamar vuestra atención tan sólo sobre la energía moral que hemos visto desplegada por el pueblo francés, aislándola de los fines a cuyo servicio está puesta; al contrario, mirándola en relación con ellos, es como se percibe la plenitud de su valor para el futuro de la vida humana. Cualquier pueblo que lucha contra la invasión y se esfuerza por liberar el territorio invadido, halla en los dolores de su patriotismo el

acicate necesario para que el instinto de conservación se yerga y reaccione contra ese dolor, atacándolo en su causa. No importa para el caso que ese sentimiento, visto como resorte para la acción, sea la adhesión confusa a una Patria que tampoco se acierta a definir, impulsos de la sangre, apego al suelo natal, a los usos heredados, a las tradiciones locales o nacionales, que es la forma más general y menos valiosa del patriotismo; o que haya alcanzado cierta elevación para concebir la Patria como el equivalente de una cultura en la cual nos hemos formado, a la que nos sentimos incorporados como a la norma superior en que habitualmente se producen las obras de nuestra vida espiritual, y que nos sirve de enlace y comunicación con la vida del mundo entero; siempre es el ansia de subsistir, el horror a padecer mutilación, no ya en nuestra persona misma, sino en aquellas cosas que la amplían y crean en tomo suyo la atmósfera respirable que la permite vivir. Pero cuando yo hablo de los fines a cuyo servicio está hoy la energía francesa, para deducir de ellos la trascendencia universal que puede tener el triunfo o el fracaso de Francia, no aludo vagamente a esos móviles del patriotismo que, en general, y mezclados a veces con otras formas más groseras de él, se encuentran siempre en juego en todas las guerras de independencia. El hombre que defiende su patrimonio nacional no tiene por qué investigar el valor material de su territorio ni la fuerza expansiva de su cultura, para conocer si su causa es o no justa. De suerte, que cuando se afirma que del vencimiento o del triunfo de un pueblo pende que ciertos valores subsistan o perezcan, que la vida moral del mundo tome uno u otro derrotero, es que ese pueblo hace algo más que usar de su derecho a la vida, hace algo más que servir los fines generales del patriotismo nacional; quiere decirse que en su cultura propia o en la orientación de su pensamiento, o en el tipo de vida que realiza, existe una cualidad, un rasgo, una forma que flota en lo más alto como una bandera y hacia la que se vuelven los hombres todos interesados en sus destinos, pero de modo distinto, porque tanto se puede uno interesar por una cosa para amarla, como para aborrecerla y pugnar por su destrucción.

Es, pues, necesario, para medir todo el alcance del esfuerzo francés -para medirlo por sus fines-, poner en claro cuál sea el rasgo específico de la causa de Francia dentro de la posición general que comparte con sus aliados en esta guerra. El camino para hallarlo no es otro, a mi entender, que darse cuenta de que esta guerra es para Francia un desenlace, el desenlace de la tragedia interior en que durante medio siglo ha vivido aquel país, tragedia resultante de la lucha de una voluntad obstinada en encarrilar la vida colectiva de la nación dentro de ciertas normas de justicia y de paz, con las fuerzas de resistencia interiores y sobre todo con las exteriores, que por ser Incoercibles, desempeñaban en la tragedia el papel del destino. La voluntad de paz y el ideal de justicia, el respeto a la autonomía individual y a la inviolabilidad de la conciencia, han obrado a manera de levadura en la vida pública francesa, suscitando en ella ese hervor, esa movilidad que, a los pueblos menos sensibles a las sugerencias de los ideales políticos o más apegados a sus formas antiguas, tenían que parecer desorientación o desvarío. Todas las instituciones fueron discutidas y sometidas a revisión en sus principios mismos. Por debajo de la agitación exterior, a veces ruidosa y hasta escandalosa, se operaba una crisis del Estado, una crisis del principio de autoridad, una traslación de la base moral de la disciplina pública. La idea de patria se despojaba de todos los exclusivismos e incompatibilidades que han des

honrado a veces esta idea en la historia; pareció legítima únicamente la organización social que prestase al ciudadano las garantías necesarias para que sus aptitudes y aspiraciones pudieran desenvolverse y extenderse libremente hasta el límite de su derecho; la disciplina quedó fundada no en la coerción exterior ni en el respeto a las jerarquías históricas, sino en la aceptación voluntaria del sacrificio, como se acepta un deber impuesto por la conciencia. Políticamente el problema se planteaba de este modo: a tronizar la libertad con la seguridad; la libertad de los hombres con la independencia nacional, afianzándolas contra las fuerzas amenazadoras del interior y de fuera. En este conflicto, que es el punto central de la vida pública francesa durante muchos años, bastantes ideas tenidas por sagradas sucumbieron; bastantes esperanzas, gratas al patriotismo nacional, fueron inmoladas. Y en ese camino donde tantos sacrificios se han hecho por la paz, surge la guerra poniéndolo todo en cuestión: las ideas, la organización y la disciplina; por eso es un desenlace, y, acabe como quiera, nunca producirá en Francia efectos conservadores. Y he aquí también por qué al dolor del patriotismo herido se une otro de índole más elevada: es el dolor de ver, mientras la guerra dura, pendiente del azar de las armas el crédito de las ideas en que se ha hecho consistir el norte de nuestra vida; dolor que nos lleva a una rigurosa revisión del pasado en busca de un posible error y despierta el recelo de haber fracasado. Es una tragedia en la que muchos sucumben, conocida de todos los espíritus en que la inteligencia resplandece como una aspiración a dirigir la vida. Y justamente por ese camino la causa y la energía francesas adquieren un título nuevo, característico, para ser miradas como de interés universal, porque los fines que sirven eran un ensayo, un experimento que puede ser reproducido y ampliado dondequiera si resiste a la prueba presente. Y es también por esas vías, abiertas por la inteligencia a la comprensión de todos los hombres, por donde se puede establecer una adhesión no expectante, sino activa, a la causa ajena, y aunque en ella no se ventile la prosperidad de nuestro pueblo ni la vida de nuestros deudos, padecer o gozar con su triunfo o su fracaso como si fuese propia, y propia es, al fin, porque algunas de las adquisiciones más caras de nuestra vida están en litigio.

Desde este punto de vista tiene, pues, la guerra el valor de una demostración. Intentada una experiencia por Francia, vamos a saber ahora si las soluciones adoptadas en la paz para las dificultades y problemas con que iba tropezando, son o no plausibles. La respuesta sería hoy aventurada en muchos puntos, pero no en el más importante, el de la disciplina social. Fundada en la libertad, en la aprobación prestada por la conciencia a lo que se nos pide en nombre del interés común, la disciplina así concebida, que a tantos les pareció la forma última de la corrupción y la anarquía, ha probado tener una elasticidad y una resistencia de acero, es la base moral de la salvación de Francia y ha producido ese espectáculo indescriptible, que nunca nos cansaremos de admirar. Comprobar esa victoria, verla en sus obras, es la mayor utilidad que hoy puede extraerse de un viaje a Francia.

Si fuera necesario resumir en pocas palabras la impresión que nos causa la Francia de la guerra, habría que forjar una frase en que el dolor y la fuerza apareciesen juntos, más que juntos, fundidos; dolor por los sufrimientos no buscados; fuerza para la restauración total y violenta de la armonía rota. Ese dolor por las vidas que se pierden, por la sangre que corre a raudales, por la devastación de las provincias y la ruina de los monumentos bellos, y sobre todo por la zozobra y naufragio de un ideal en que la existen-

cia humana y los frutos del trabajo y los goces que de la una y del otro podían derivarse alcanzaba la más alta valoración espiritual posible, no es un dolor lagrimoso sino viril, y recibe del conocimiento de los recursos disponibles y de la voluntad de agotarlos, la seguridad de la reparación. Esa fuerza en que el espíritu público se abroquela no es tampoco una energía explosiva, sino persistente, tenaz; no es altanera sino grave, porque conoce su responsabilidad. Fuerza y dolor nacen juntamente de esta convicción que hoy se halla en todos los franceses como nunca unánimes: nosotros no queríamos guerra, pero, pues en guerra estamos, hemos de hacer cuanto sea preciso para que nuestros hijos no se encuentren en una situación igual. Abundan los testimonios justificativos de esta impresión mía; por lo mismo no voy a recopilarlos. Me limitaré a conducirlos a dos lugares característicos que, por azares de la fortuna, resumen a maravilla esa situación moral: son Reims y Verdún. No es forzar la significación de las cosas, al contrario, es el aspecto mismo de las cosas, tal como la acción de los hombres las ha puesto, lo que sugiere esa divergencia significativa. Los dos pueblos están en ruinas, pero la ocasión y la manera como las ruinas se produjeron son tan distintas, que en uno y otro las piedras adquieren un valor conmemorativo de virtudes también diferentes.

Reims es el teatro del dolor, de los sufrimientos inmerecidos, de los horrores innecesarios. Verdun es un centro de energía y, sin paradoja, un foco de creación, porque algo ha nacido allí más duradero que la ciudad en escombros.

He aquí Reims: una catedral mutilada irguiéndose todavía sobre las ruinas de la ciudad. Reims está en un valle bastante ancho, y tan triste, que hasta la guerra parece haber huido de él, no dejando en pos de sí más que silencio y soledad. Nosotros le descubrimos en un día a propósito, lluvioso, de poca luz, y le vimos entre la niebla por la gran masa negruzca de la catedral que domina el caserío y es visible desde muy lejos. Entre la catedral y las colinas donde están los alemanes no hay ni un bosque, ni un altozano, ningún estorbo; es un terreno desnudo, gris, arañado por las líneas blanquecinas de las trincheras que ciñen la ciudad por el norte y el saliente. No parece haber guerra allí, por lo menos la guerra que uno se imagina, con su estruendo y tropas en marcha o acampadas y desfile de cañones y pertrechos y relucir de armas y todos los demás atavíos que Belona solía usar. Pero aunque de hecho no se dan ahora allí batallas, de Reims se habla siempre, porque Reims es la catedral. Lo era antes de la guerra; lo es más ahora, porque estas piedras maltratadas son como una fibra sensible en la que van dejando su marca no sólo los golpes recibidos cuando en torno de Reims se batallaba, sino el rechazo de los combates más lejanos. De tiempo en tiempo unas cuantas granadas caen sobre ella, y agrandan sus mutilaciones; es el desquite de una victoria. El día antes de nuestra llegada un bombardeo agujereó nuevamente la techumbre y en la ciudad mató veintidós personas e hirió a sesenta; eran las salvas por la pérdida de Douaumont, reconquistado por los franceses. Así la catedral va contando por sus heridas nuevas las ventajas que en otros campos obtiene Francia.

A medida que la guerra va desmoronando Reims, la catedral, irremediablemente mutilada, parece mayor, se agranda. Reims mengua materialmente por el procedimiento más eficaz que se conoce para reducir las cosas de tamaño, que es hacerlas polvo. El bombardeo abate calles y barrios y va abriendo entre las casas unos surcos monstruosos, desde los que casi siempre se

descubre la catedral. Disminuye también y con mayor rapidez su vida; casi todos los moradores han desaparecido, pero aún quedan unos pocos, los bastantes para que en las calles arruinadas aparezca de vez en cuando una figura humana o se oiga ruido de pasos o se perciba cualquiera otra señal de que no se está en un lugar enteramente muerto. En esto reside la tristeza y el horror peculiares de Reims en la guerra; algo alienta allí todavía, hay una chispa de vitalidad que parece próxima a extinguirse; es la impresión que nos daría la vista de un agonizante, mucho más lúgubre que la de la vista de un cadáver. El aspecto de la catedral es muy otro. Cuando se llega al pie de las torres y se echa sobre ellas la primera mirada, esa primera mirada llena de curiosidad que quiere verlo todo y nada ve, la impresión es de pavor; se yergue el monumento, al parecer más alto que nunca, en la soledad de la plaza ensanchada por el hundimiento de los edificios circundantes. Todo el frente está calcinado, descortezado; las torres, desmochadas, han perdido las campanas, fundidas por el incendio; toda la escultura ha sido barrida por el huracán de hierro; los santos, los héroes, los reyes de piedra han desaparecido de las hornacinas donde vieron pasar los siglos o muestran sus troncos descabezados, mancos o hechos Cribas. De alguno queda solamente un tosco muñón de piedra ennegrecida. Pero la catedral, a pesar de esto, no parece moribunda; sus heridas y quemaduras prestan al monumento no sé qué temblor, y a sus líneas un movimiento nuevo, como un paroxismo. Esta realidad es tan actual y tan fuerte, que todas las demás sugerencias que uno espera recibir allí, o no se producen a las desechamos por insinceras. Un espíritu falso o falseado por la historia prorrumpiría ante la catedral de Reims en amargas endechas inspiradas por el contraste entre lo que ahora es y el recuerdo de las grandes escenas allí vistas; pero todo sería artificioso y probarla una insensibilidad fundamental, por muy congojosas y elocuentes que fuesen las evocaciones del pasado. La obra de arte arrasada, tal como está, los miserables despojos de una maravilla que ya no se puede reparar ni rehacer, tienen por sí tal fuerza y valor que todos los demás fastos gloriosos se borran para la emoción y ceden ante el actual, más grande que otro alguno. La metralla, al destrozarse la catedral, ha creado un monumento de índole rara, monstruoso por sus mutilaciones, si lo queréis ver como obra de arte, pero de una elocuencia sublime en cuanto sepáis leer en él y extraer de sus piedras la lección de ira y dolor que en ellas está amasada.

Al salir de Reims con dirección norte y en llegando a las trincheras, se recibe esa impresión a que antes aludí: la impresión de la guerra sin marcialidad, sin charangas ni banderines. En estas zonas tranquilas es donde los soldados han de ejercer sin esplendor algunas de las virtudes más importantes del hombre de guerra: la paciencia, la astucia, el orden perfectísimo. Así, esta campaña, en la que máquinas y armas horrendas han hecho su aparición, resucita al mismo tiempo escenas y procedimientos militares de la antigüedad, cuando el arte de combatir estaba en su infancia, y los hombres, mal servidos por su técnica, podían estar frente a frente meses y años en campañas indecisas. " guerra actual exige de los soldados un máximum de rendimiento y los obliga a adiestrarse en las más variadas maneras de valor: unas que nos parecen modernísimas, adecuadas a nuestra complicada técnica industrial, y otras que se creían ya superadas y estaban olvidadas, como esta guerra de trincheras en que los hombres han de desplegar el mismo género de valentía que los guerreros clásicos en los asedios de ciudades sostenidos durante años. En Reims es, sobre todo, paciencia, resignación lo que los

soldados han menester. Encerrados en sus cavernas, deben estar siempre prontos para el combate y para rechazar una sorpresa. Esta actitud del espíritu vigilante, que ha de preverlo todo y verificar a cada momento el buen funcionamiento de la defensa, contrasta con la quietud física de las tropas que, a los ojos profanos, parecen ociosas. Debajo de una gran calma, una fuerte tensión; tal es lo que se percibe en las trincheras pacíficas de Reims. La impresión de calma nos la dan la soledad, el silencio de los lugares. Se circula por el laberinto de zanjas abiertas en la greda escurridiza que constituyen las líneas defensivas y no se ve apenas a nadie. Todos los pasadizos y callejones, todos los puestos tienen su nombre y su número; a lo largo de los fosos, múltiples hilos telefónicos llevan a los últimos rincones la voz del comandante y ponen en comunicación instantánea los órganos de tan complicada máquina con el centro nervioso director; pero la gente, ¿dónde está? Si se escudriña en algunos abrigos, cavernas abiertas a prueba de bomba, o se desciende a otros profundísimos por unas escaleras inverosímiles, talladas en la greda, se ve a los soldados fuera de servicio, que duermen o escriben o hablan. En los abrigos someros, defendidos con sacos de tierra, hallamos algunos oficiales; eran los puestos de mando o centros telefónicos o lugares de observación, los nudos de la inmensa red que desde el mar hasta Suiza cierra el paso de Francia. Cada uno tiene una pequeña cosa que hacer, una misión que cumplir, al parecer insignificante, pero que es, en realidad, el núcleo primero de que se compone ese torrente de activa energía que circula por las trincheras. Me hirió singularmente, a este propósito, el espectáculo de un puesto de observación. Estábamos a unos 300 metros de la trinchera alemana, metidos en una caseta baja hecha de tierra y tablas, cubierta con sacos de arena. Un hombre estaba allí, había un teléfono, una mesa con planos, una campana cuyo tañido sirve para anunciar la llegada de los gases asfixiantes. Aquel hombre tiene a la vista una fotografía detalladísima, hecha desde aeroplano, de toda la sección de la trinchera alemana que descubre con sus gemelos. En la fotografía todo está marcado con líneas o manchas blanquecinas: las trincheras, las alambradas enemigas, sus comunicaciones, etcétera, y desde la aspillera de su caseta el soldado explora y va anotando en una hoja el fruto de sus observaciones. ¿Qué ve el hombre en acecho? Ve primero las alambradas francesas, enredijo infranqueable, y después, más allá de una depresión del terreno, las rayas negruzcas de los alambres enemigos y los bordes abultados de su trinchera, que se retuerce a derecha e izquierda paralelamente a la línea francesa. Más lejos, las casuchas de una aldea entre los árboles desnudos, y detrás, unas colinas que cierran el horizonte coronadas por unos bosques que el bombardeo va aclarando. En toda esta zona, ¡nadie! Se sabe que están allí; a veces se descubre un casco puntiagudo que asoma por el parapeto, a veces llega una rociada de balas, pero el observador no puede verlos. Aquella es la zona del silencio, donde las trincheras están tan próximas que no se permite hablar. El soldado está con sus ojos clavados en el campo. En tan grande tristeza, cualquier rumor, cualquier movimiento adquieren un valor enorme; ellos marcan el ritmo lento, de una solemnidad lúgubre, con que pasa allí la vida. Todas las líneas de la Champagne presentan, sobre poco más o menos, el mismo aspecto, y la guerra, en ellas, languidecía, mientras en otros puntos llegaba a extremos de furor nunca visto. Así en Verdún La atracción de Verdún diríase que se observa en toda la Champagne y que la tranquilidad de la comarca dimana de haberse canalizado hacia aquel punto todas las ener-

gías y recursos disponibles. Verdún es como un remolino gigantesco que atrae y engulle cuanto pasa en muchas leguas a la redonda, y como vomita fuego y esparce el estrago no es impropio compararle a un volcán que desparrama en su erupción todos los materiales inflamados que por una vasta y misteriosa red han ido cayendo en su seno. Este es, al menos, el efecto que producía en el viajero el camino de Verdún desde Chalons y, sobre todo, desde que dejada la Champagne se penetraba en la Argona. Todos los pueblecillos de esta región que visitamos, mostraban las huellas terribles del verano y otoño de 1914. De Clennont-en-Argonne, quedan dos casas en pie. Pero éste y otros estragos no producen tristeza ni deprimen el ánimo como las ruinas de Reims, porque aquí la guerra está en plena actividad y su movimiento y ruido se han sobrepuesto a la desolación del escenario. Es un mundo nuevo que ha venido a sustituir al antiguo destruido. Todas las formas de lo pintoresco pasan a la vista del viajero. Son columnas de infantería moviéndose pesadamente, chapoteando en el barro los soldados, hombres ya maduros, a quienes el capacete da no sé qué aspecto de guerreros antiguos. Son patrullas de caballería que pasan ligeramente poniendo en el horizonte su elegante línea móvil. Son convoyes interminables conduciendo hombres y pertrechos. En los pueblos encontrábamos las columnas haciendo etapa; en los valles, a lo largo de la carretera, había campamentos permanentes llenos de tropas; también los había en las lindes de los bosques, solapados bajo las primeras filas de árboles. Era un ir y venir, un tráfigo cada vez más denso según nos acercábamos a Verdun. A veces, por en medio de esta multitud dejábase ver algún campesino ya viejo, inútil para la guerra; estos tipos altos y flacos, con sus bigotes rojos, caídos, como los de los antiguos galos, pasaban envueltos en zaleas-, blancas, guiando un carro primitivo, y ponían una nota de vivo color en el tono gris del ejército. Porque esta masa de tropas que nos ofrecía las impresiones más variadas del movimiento, era pobre de colorido y de luz; nada brillaba en aquellos regimientos al pasar; el tono azul pálido y el gris de plomo imperan en las ropas y en las armas; del mismo color son los capotes y la pintura de los carros y piezas; nadie ostenta divisas llamativas y todo ello se disuelve, se deslíe en la luz tamizada de aquellos países y se confunde con el terreno.

En Verdun no se entra sin sufrir una especie de iniciación. Descendimos, antes de visitar la ciudad, a los subterráneos de la ciudadela, vasta excavación a 18 metros de profundidad, donde están depositados, libres de todo riesgo, importantes elementos de la defensa. En aquellas galerías que tienen un desarrollo total de varios kilómetros, hay fábrica de harinas y de pan, hospitales, pabellones para los oficiales, cuarteles para la tropa. Reposando en aquellos dormitorios vimos a los soldados cubiertos de barro que volvían de Douaumont. Imaginad la vida en aquellas cuevas sin salir más que a las horas en que el servicio lo exige, mientras afuera llueven las bombas. El día que estuvimos nosotros en Verdun, era el segundo en que no bombardeaban la población ni la ciudadela desde el 15 de febrero último y estábamos en octubre. Cuando después de almorzar en los subterráneos salimos al aire libre, dos soldados, que estaban en lo más alto del cuerpo central de la ciudadela sentados en el borde del muro mellado por las bombas, con las piernas colgando sobre el hondísimo foso, cantaban alegremente tomando el sol. Otros trabajaban tendiendo carriles por una pradera en la que el bombardeo apenas había dejado sitio donde poner el pie. Un gran lienzo del muro exterior, muy espeso, se había venido al suelo, dejando un boquete de varios

metros. El general comandante, nos decía: "Este boquete le hizo un solo disparo de los alemanes; nos prestó el gran favor, porque ahora sacamos por el boquete nuestro ferrocarril y para abrirlo con la piqueta hubiéramos necesitado dos meses."

Subimos luego a la ciudad, o más bien al lugar donde estuvo. Verdun es un montón de escombros. No hay una sola casa en pie. Algunas calles han sido desembarazadas por los soldados; el resto es un hacinamiento de piedras amarillas por entre las que surge, de vez en cuando, el esqueleto ennegrecido de un edificio. Hay casas que han sido rajadas de arriba abajo como por un hachazo y muestran la mitad interior de sus viviendas con muebles abiertos y enseres y menaje domésticos, todavía en el lugar de su uso. Esto da la impresión de una catástrofe que instantáneamente hubiese acabado allí con la vida humana. Ninguna fotografía puede dar idea del estado de destrucción en que la ciudad se encuentra, porque en seguida se hacen antiguas, en seguida las ruinas se añaden a las ruinas y los escombros se van pulverizando. Todo ello tiene un aspecto torvo. Verdun sí es una fortaleza; no es más que eso y nunca fue tan poderosa como ahora. Ya no hay allí paisanos cuya vida peligrase. El cañón truena sin descanso, oculto entre los bosquecillos y en las ruinas. Cada montón de escombros es un reducto, cada descampado abierto por el bombardeo, una plaza de tiro; las ametralladoras acechan entre las piedras; para salir de la ciudad hay que cruzar un laberinto de alambradas y fosos; y así todo el terreno durante varios kilómetros hasta llegar a las primeras líneas y a los fuertes exteriores que han sido durante 1916 el campo de batalla.

La misión española lo contempló desde el fuerte de La Chaume. Percíbese la masa del caserío de Verdun y la silueta de la catedral; el río corre por el fondo hacia la izquierda, en un valle no muy ancho, en el que están tres pueblecitos. A la derecha del Mosa, las colinas donde se levantan los fuertes de San Michel y de Souville; detrás está Vaux y más hacia la izquierda las crestas de Douaumont. Desde nuestro observatorio descubríamos hasta la *côte du Poivre*, que nos aparecía como al alcance de la mano, bañada de sol, surcada por las líneas blanquecinas de las trincheras que en todas direcciones la recorren. Los pueblecitos del valle se borraban entre la bruma del río. Y aquel campo tan terrible, que ya no puede sorber más sangre, del que durante muchos meses ha estado extrayéndose un tren de muertos cada día, quería aparecer a nuestros ojos como un escenario de égloga: tan dulce era la luz del sol que lo bañaba, tan suave la tarde de otoño, tan esfumados los términos envueltos en una bruma dorada. Si nos hubiéramos dejado ganar por esta serenidad del campo, fácil sería haberle encontrado un sentido irónico para los esfuerzos que allí han hecho los hombres: la naturaleza, insensible a sus enconos, parecía estampar sobre las empresas allí cumplidas un epitafio de olvido y compasión, y sonreír sobre las ruinas y las muertes por desconocer su valor moral; pero cuantos mirábamos esta escena supimos sustraernos a la engañosa sugestión y sólo los valores humanos allí creados nos conmovieron. Aquel valle del Mosa es un lugar donde la acción del hombre ha vencido para siempre a la naturaleza en el ánimo del espectador. Además, ciertas circunstancias externas nos avivaban el recuerdo: había un bombardeo bastante vivo de Douaumont. Veíamos la cresta famosa desnuda bajo el sol y de ella se elevaban de segundo en segundo columnas de humo espeso y negro, como si el terreno expeliera un aliento mortífero; eran los proyectiles alemanes estallando sobre las posiciones reconquistadas pocos

días antes por los franceses. Del lado de acá partían también disparos; velan se los chorros de llama brotar de las piezas que no podíamos descubrirlos franceses bombardeaban Vaux, que ganaron pocos días más tarde. Cada uno de estos lugares ha sido teatro de proezas fabulosas, y todos juntos forman la más espléndida diadema de gloria que puede ceñirse un pueblo; ellos, limitando el apacible campo que nosotros veíamos, han sido la barrera infranqueable que toda la nación francesa -puesto que todo su ejército ha pasado por allí- ha sabido amasar con su propia sangre. Verdun enclavado en una tierra que al decir de un poeta sabe callar cual ninguna otra, habla ahora con imperio, con un aliento de robusta esperanza: allí han probado su temple no sólo las armas, sino las almas, y se ha visto que era bueno.

La lección de Verdun, esto es, el heroísmo tenaz, metodizado, fríamente puesto en ejercicio, es una lección triunfal preñada de consuelo y esperanza para el porvenir, y que nunca acertarán a explicar los que ante el empuje que allí se ha hecho, han hablado y hablan aún de renacimiento de Francia, de despertar de las energías de Francia, palabras que se dicen para ocultar el asombro que les causa lo que están viendo. En la guerra como en la paz, son las cualidades morales, las facultades del espíritu, las dotes de la mente las que fundan el buen éxito y permiten prepararlo y lograrlo; y es formarse una idea bastante ridícula del espíritu humano suponerlo dividido en una especie de compartimentos-estancos de suerte que, para la vida pacífica, funcionen unos mientras otros se atrofian o están olvidados, como la lanza y la adarga antigua de Don Quijote, hasta que llegue la ocasión de su empleo. Es lógico pensar, puestos en ese camino, que si la Ocasión se presenta, esas supuestas energías desusadas, puedan revivir o no; y que si reviven, el hecho se atribuya a milagro o a rectificación de lo que se venía haciendo. Pero es inadmisibles tal modo de discurrir. En la guerra, la energía cambia de aplicación o menester en su ejercicio, pero no varía de índole ni tiene origen distinto del que tuvo en la paz. Esa energía nace de la clara comprensión de los problemas, de la exacta percepción de los fines asequibles, de la adecuación de los medios al fin de cada momento y produce en la vida la serenidad, la armonía, el horror a lo exorbitante y desproporcionado. Porque el pueblo francés no azotaba las esquinas con grandes sables, ni se divertía ciñéndose espesas corazas; porque el ejército, que habla dejado de ser una institución privilegiada, era, como todos los organismos públicos, objeto de la libre discusión, se habló de indisciplina, de debilidad, como ahora se habla de renacimiento, olvidando que el heroísmo actual y las agitaciones antiguas tienen un origen común: el amor a la patria libre; y una sola explicación: el propósito de no dar a cada hora más que lo reclamado por su propio afán; resultado de la comprensión clara de que hablé, que rehúsa en la paz sacrificios inútiles y ofrece en la guerra un holocausto que no se regatea. Los que no puedan concebir este equilibrio, esta armonía, no podrán medir en toda su magnitud el bello ejemplo de Francia, que nos aparece hoy como el tipo del valor inteligente; esto es, de aquél que ha medido todos los riesgos y males de la guerra, después de haber gustado las dulzuras de la paz, y los afronta para la restauración de la paz misma. Tal es el resultado de la repugnancia francesa por la guerra, de su pacifismo, de su famosa indisciplina; ellas le permiten ahora llevar hasta lo sublime ese aspecto del valor, que es el único digno de los humanos. Esta actitud de Francia es inmortal. Empeñada en una lucha por el Derecho, se ventila también la suerte de los valores políticos adheridos a cada pueblo, y la consideración de esos valores no es

para disminuir la apasionante grandeza de la guerra. Como los proclamados por Francia son humanitarios y de libertad, sólo podrá hablar de triunfo si su victoria es libertadora, si humaniza más la vida, si abre en los corazones un boquete por donde pueda evadirse el odio. En los días del año terrible, Renán escribía una parábola: "para tratar de descubrir alguna cosa a través de la espesa humareda que no deja ver en el horizonte más que la imagen de la muerte". Y escribe: "He leído, no sé dónde, la parábola de dos hermanos que en los tiempos de Caín y Abel, sin duda, vinieron a aborrecerse, y decidieron batirse hasta que dejaran de ser hermanos. Cuando agotados cayeron ambos al suelo, hallaron sé aún hermanos, vecinos, tributarios del mismo pozo, ribereños del mismo arroyo." Al cabo de medio siglo aceptaríamos la moraleja con una sola condición, muy pequeña: la de que esos dos pueblos llamados a la fraternidad sean pueblos verdaderamente, no en el concepto etnográfico, sino político; es decir, que tengan la plena dirección de sus destinos que sólo puede darles la libertad. Si este resultado es posible o si está próximo, yo no lo sé; pero afirmo que es deseable, y que el habérselo propuesto asegura a los que tantos sacrificios hicieron por su causa una gloria inmortal.

Nota: Discurso sacado de las obras completas de Manuel Azaña [compilación..prefacio..prologo y bibliografía..Juan Marichal...]

[Primera Edición]

México Oasis.-[Al Fin Panamericanas]

[1966-68]

4 Vols.-27,5 cm

Volumen I